

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo

Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*

Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*

Robert T. Brown

Director de la Revista

Raúl Prebisch

Secretario Técnico

Adolfo Gurrieri

Secretaria Adjunta

Rosa Nielsen



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

SANTIAGO DE CHILE, ABRIL DE 1985

SUMARIO

La economía latinoamericana durante 1984: un balance preliminar. <i>Enrique V. Iglesias</i>	7
Las empresas transnacionales y el comercio internacional de América Latina. <i>Eugenio Lahera</i>	45
El papel subsidiario de la inversión externa directa en la industrialización: el sector manufacturero colombiano. <i>Michael Mortimore</i>	67
Políticas de estabilización y ajuste en el Cono Sur, 1974-1983. <i>Joseph Ramos</i>	85
Desarrollo rural y programación urbana de alimentos. <i>Manuel Figueroa L.</i>	109
Sociedades dependientes y crisis en América Latina: los desafíos de la transformación político-social. <i>Germán W. Rama y Enzo Faletto</i>	127
Cultura, discurso (autoexpresión) y desarrollo social en el Caribe. <i>Jean Casimir</i>	147
Aspectos legales de la deuda pública latinoamericana: la relación con los bancos comerciales. <i>Gonzalo Biggs</i>	161
Publicaciones recientes de la CEPAL	191

Cultura, discurso (autoexpresión) y desarrollo social en el Caribe

*Jean Casimir**

La dominación cultural es un fenómeno importante en todo el mundo en desarrollo, pero lo es más aún en aquellos países que, como la mayoría de los caribeños, están recorriendo todavía los primeros tramos del proceso de descolonización. En este sentido, el autor sostiene que el proceso de constitución de los imperios, mediante el cual los territorios conquistados se convierten en "fragmentos de las potencias coloniales", se caracteriza también por la imposición de culturas imperiales que reducen o eliminan a las culturas nativas, limitando así la posibilidad de desarrollo, afirmación y autoexpresión de las poblaciones dominadas. El proceso de descolonización política no habría eliminado esta situación, pues dicha relación de dominación cultural persistiría aun en ausencia de las élites coloniales. La conclusión del autor es evidente: deberían fortalecerse y valorizarse las capacidades autónomas de expresión cultural de las naciones nuevas, pues en ello radica la posibilidad de que puedan construir su identidad propia y elaborar estrategias autóctonas de desarrollo futuro.

Guiado por este hilo conductor, presenta el problema de la descolonización cultural en los países del Caribe. Así, pasa revista a los problemas que plantean la diversidad de lenguas, la ambigüedad cultural de las clases medias, y otros, que adquieren una connotación peculiar por el carácter multilingüe y multicultural de aquella área.

*Funcionario de la Subsección de la CEPAL para el Caribe.

Introducción

La historia del impacto de una determinada población en el medio ambiente físico y social en que se ha emplazado explica su tamaño, tasa de crecimiento, diferenciación en grupos, estratos y clases sociales, así como el conjunto de medios materiales y espirituales que aseguran su regeneración. Las prácticas cotidianas de esa población representan concreciones de esa historia y establecen, sobre la base de su experiencia acumulada, qué opciones son viables para el futuro.

Desde el día en que los europeos pisaron tierra caribeña, estos principios elementales de la vida social se han mantenido en receso. Los esfuerzos de las poblaciones colonizadas por reaccionar a su medio ambiente han sido frustrados, o supeditados a los intereses de los colonizadores. La geografía de las sociedades insulares o cuasinsulares que se establecieron con posterioridad al "descubrimiento europeo", su demografía, sociología, antropología y economía han llegado a ser, hasta cierto punto, resultado de la construcción de los grandes imperios coloniales —en otras palabras—, de la relación entre los colonizadores y los medios físicos y sociales "descubiertos". Es así como, la vida comunitaria de las poblaciones colonizadas e incluso la vida privada de los individuos en la comunidad, se han desarrollado sin que sus protagonistas apreciaran la otra cara de la moneda: su ligazón íntima con otra historia y contenidos culturales, distintivos y autóctonos.

El nacimiento y renacimiento de entidades nacionales autónomas, a menudo en oposición con el imperio colonial, fue consecuencia imprevista e inevitable de las aventuras imperialistas. El propósito de la ciencia social es determinar cómo, entre la dependencia colonial y el control del medio ambiente, se crean las condiciones y aptitudes necesarias para lograr este renacimiento, este "contradescubrimiento".

En forma lenta pero segura los colonizadores van perdiendo terreno. Los avances de los pueblos colonizados en lo que respecta al control de sus condiciones de vida tienen lugar en el contexto de la historia de los países metropolitanos y a la vez en oposición a él. Para acelerar este proceso es imperativo no sólo descubrir alternativas para la sobrevivencia en un mundo real-

mente dominado por los países metropolitanos, sino también ocupar y controlar las fortalezas institucionales construidas por el pueblo en respuesta a esta dominación. En otras palabras, es necesario hacer inventario de las capacidades autónomas de iniciativa colectiva y desarrollarlas sin perder de vista el entorno en el cual (y contra el cual) se demuestran.

La relación entre cultura y desarrollo generalmente incluye los problemas del discurso sobre cultura y desarrollo. Tal relación es similar a la que se observa entre la historia y la historiografía. Obviamente, la forma en que escribimos (y percibimos) la historia refleja y orienta el papel que cumplimos en lo que va a ser historia. *Mutatis mutandis*, nuestras estrategias de desarrollo están condicionadas recíprocamente por la expresión verbal de nuestras experiencias de desarrollo.

En el Caribe, sin embargo, este problema se complica por efecto de peculiares estructuras lingüísticas y culturales. El Caribe es multilingüe y

multicultural. Y entre sus lenguas y culturas se dan relaciones de asimetría y dominación.

Digamos primero que toda participación deliberada en lo que va a ser historia y en las estrategias de desarrollo se realiza, en nuestros días, en las lenguas y culturas dominantes. Más aún, la historia de las clases y élites capaces de influir en proyectos colectivos para el futuro es continuación de la historia colonial, mientras que la mayor parte de la población (y de sus élites de artistas, sacerdotes, curanderos, caciques, etc.) representa el otro aspecto de esta evolución. Por último, y para complicar más las cosas, el conjunto de la población, más allá de distinciones de clases, opera en grados diferentes y, excepto en los casos de Haití y Suriname, tanto en las culturas y lenguas dominantes como en las dominadas. Proponer una ecuación entre los términos cultura, discurso y desarrollo y ofrecer una demostración de ello constituye una empresa de largo aliento; aquí sólo buscamos establecer la necesidad de acometer esa tarea.

I

Conciencia del problema

Usaré tres textos de dos de los más grandes intelectuales del Caribe para definir los problemas desde mi punto de vista. Estos textos que datan de fines de los decenios de 1920 y 1950, forman parte de los trabajos de Jean Price-Mars y Eric Williams. Lejos está de mi propósito, me apresuro a declarar, analizar aquí la producción literaria de estos autores. He escogido estos trozos para identificar los términos de la ecuación y, al mismo tiempo, mostrar que estos problemas han sido discutidos ya por algunas décadas.

Eric Williams (1959) sostiene que la base de la democracia griega era "el reconocimiento del dirigente político como un hombre de cultura, no de una cultura abstracta o de refinamiento intelectual, si no de la cultura de todo un pueblo, de una ciudad completa, de la cual era representante." En otro pasaje del mismo texto agrega que, "como segundo ejemplo de la relación entre la política y la cultura y su interpenetración en la antigua Grecia, citaré a Demóstenes en su ataque a Esquines ante el jurado de Atenas. La po-

derosa exhortación política fue dirigida al hombre común de Atenas, el ciudadano corriente, integrado en un solo cuerpo electoral, gobierno y cultura."

Williams niega la existencia de una cultura caribeña autóctona. En su opinión, el problema de las Indias Occidentales consiste en la destrucción de la cultura precolombina; con excepción de algunas costumbres sobrevivientes, la cultura africana traída por los esclavos dejó pocas huellas. Sostiene categóricamente que "la forma de vida y los valores de las Indias Occidentales son europeos o americanos en todos los niveles."

Por lo tanto, según él, uno de los principales deberes del dirigente político consiste en crear en alguna forma la cultura nacional, ya sea fomentando "todas las producciones culturales que, aunque no autóctonas se basen en una adaptación de los legados europeo y americano," o haciendo un esfuerzo consciente por aunar "las distintas tramas culturales que conforman las Indias Occidentales —europea, africana, india, chi-

na, siria". "Hoy", acota, "la lucha por una cultura nacional no es sólo parte de la lucha por la independencia política, sino también la lucha por instaurar un nuevo orden social."

Según Williams, la carencia de una lengua específicamente caribeña constituye un obstáculo importante a la descolonización la que, en su perspectiva de hombre de Estado, ve como el resultado de una amplia integración, "una confederación cultural, económica, comercial y aun política de los territorios de las Indias Occidentales." Para él, "éste es el más grande de los nacionalismos". El pasaje siguiente con sus numerosas inexactitudes, sirve como ejemplo de la importancia de los problemas del diálogo social en el Caribe y de las enormes dificultades para concebir y sistematizar una política lingüística dentro del marco de los objetivos de desarrollo social: "La principal diferencia entre las Indias Occidentales y Africa o India en sus luchas nacionalistas es que en las primeras no hay una lengua autóctona. El idioma del poder imperial se ha convertido en la lengua materna —inglés en Trinidad, francés en Guadalupe y Haití, español en Cuba y Puerto Rico, neerlandés en Curaçao y Suriname. Pero debido a que el proceso comenzó en la época de la esclavitud, estos idiomas imperiales degeneraron, llegando a ser, en cada territorio, una especie de *patois*, o *creole* como también se les llama, siendo el idioma criollo la *lingua franca* de cada territorio de las Indias Occidentales; por la naturaleza misma de esta región, no existe un idioma criollo común al conjunto. Esto plantea un doble problema: no hay un punto de unión para los movimientos nacionalistas en cada territorio; la ausencia de un idioma común no es sólo una barrera a los contactos y comunicaciones entre las islas... sino impedimento para una cooperación más amplia en el ámbito cultural, entre todos los territorios de las Indias Occidentales."

Price-Mars escribió su famoso libro *Ainsi parla l'oncle* en 1928 durante la ocupación de Haití por los Estados Unidos. Al revés de Williams, considera que sí existe una cultura haitiana. Tenga ésta o no la capacidad para controlar el medio ambiente social es problema aparte. La dificultad que parece enfrentar es la de aumentar la perceptibilidad y el valor de esa cultura. Establece su preocupación desde la primera frase de su libro: "Por mucho tiempo hemos alimentado la ambición de construir la imagen, en los ojos del pue-

blo haitiano, del valor de su folclor". Y por folclor, entiende el conocimiento popular. En este mismo sentido, ni siquiera se cuestiona la existencia de un idioma, ni menos aún el problema de su valor relativo. Como Price-Mars no concibe en 1928 la integración caribeña, dispone de menos variables de trabajo que Williams, por lo cual puede ser más afirmativo: "En cualquier caso, sería fácil coincidir en que, como tal, nuestro *creole* es una creación colectiva resultante de la necesidad sentida por amos y esclavos de tiempos pasados de comunicarse sus pensamientos unos con otros... Por ahora, es el único instrumento utilizado por las masas y por nosotros para expresar nuestros pensamientos mutuos... Sea jerga, dialecto, o *patois*, su papel social es un hecho que no se puede negar. Gracias al *creole* nuestras tradiciones orales aún existen, viven y evolucionan, y a través de él podemos esperar que algún día se zanje esa diferencia que nos separa del pueblo y nos divide en dos entidades aparentemente distintas y a menudo antagónicas."

Veinte años después (1948), sin embargo, en una discusión sobre el problema de la estructura política de la sociedad, a Price-Mars le asalta la misma angustia que a Williams: la expresión cultural es restringida. Identifica las bases del autoritarismo en Haití y plantea el problema del pensamiento colectivo como piedra de toque de la unidad nacional y el desarrollo. Se cae en la tentación, como lo hace él, de concluir que es esencial levantar a los ojos del pueblo la imagen del valor del idioma. Compara la sociedad haitiana hacia fines del siglo pasado con la de 1948 en los términos siguientes: "Por ello, como no deja de existir la nación haitiana, debe ser su inmadurez la que le impide la expresión de su existencia política. ¿No es por lo tanto más correcto pedir prestada a los norteamericanos su calificación de este estado y denominarnos *an inarticulate people*?¹

"*Inarticulate people*: término que describe supuestamente a un pueblo sin poder para expresar su pensamiento, sin poder para expresar y hacer valer su voluntad, y reducido, en consecuencia, a un 'grupo confuso de individuos', paralizado por la ignorancia, rebaño dispuesto a seguir a cualquier dirigente, en la medida que

¹ En inglés en el original.

tenga la suficiente astucia para imponerse. Esa era la situación en 1870-1880, la que realmente

no ha cambiado mucho desde entonces..." (Price-Mars, 1948, pp. 22 y 23).

II

Los términos de la ecuación

La ecuación del desarrollo social caribeño tiene entonces tres términos: i) La existencia de una cultura para el encuentro del líder y su pueblo (Williams); ii) La existencia de un lenguaje para zanjar la distancia entre élites y masas (Price-Mars) y para asegurar una mayor solidaridad entre las fuerzas nacionalistas (Williams); y iii) La conciencia (o ciencia) del valor de esta cultura y este lenguaje (Price-Mars).

Sobre el primer aspecto, podríamos establecer, contradiciendo a Williams y de acuerdo con Price-Mars, que existe una cultura (o culturas) en el Caribe, distinta de la del colonizador, y que su existencia debe distinguirse de su capacidad de sustentarse en todos los ámbitos de la vida social. Pero más que delinear los aspectos distintivos nuestra tarea será la de identificar el ámbito que la cultura occidental no puede cubrir, a pesar de su indiscutible posición dominante, y que así llega a ser la esfera de iniciativas colectivas, y de las reglas por las que éstas se crean y se desarrollan.

En cuanto al segundo punto, la opinión de Williams sobre la lengua madre de los pueblos del Caribe ha quedado obsoleta. Debemos también descartar la noción de que la carencia de una lengua caribeña sea un obstáculo a la integración regional. Sigue en pie el hecho de que dentro de cada país de la región hay una, y sólo una, *lingua franca*. Sin embargo algunos países no tienen un idioma nacional propio, ya que utilizan el del primitivo país colonizador. Si se demuestra que existe un campo específico para el desarrollo de una cultura nacional el problema fundamental de la relación entre cultura y desarrollo no se altera por el hecho de que no haya un idioma criollo en los países originalmente sometidos al dominio español. En su caso, el problema del discurso social se simplifica aparentemente, o al menos no se presenta de la misma forma que en el resto del Caribe.

Este problema, conjuntamente con el del valor de las culturas e idiomas nacionales, exige distinguir entre cultura y el "discurso" a que da origen una cultura específica. El valor de una cultura (y de un idioma) se define por la capacidad que proporciona a sus creadores para superar los obstáculos que enfrentan. Por discurso nacional o autoexpresión, entendemos las fórmulas para responder a los desafíos del medio ambiente, encarnados en la cultura local. Se verá que el valor de las culturas y lenguas locales es cuestión de percepción (de clase), y, en consecuencia, es un aspecto de la lógica de las ciencias humanas correspondientes. El problema por aclarar es el de las condiciones en las que las creaciones autóctonas pueden ser llevadas al uso práctico, permitiendo de esta manera la apreciación de su "valor".

Una vez resuelto este problema, el curso del desarrollo científico (ciencia o conciencia del valor de las culturas y lenguas nacionales) se habría definido y no profundizaremos aquí en ese análisis. Baste decir que el desarrollo de las ciencias humanas busca la utilización óptima de los medios de acción social que controlan los pueblos, y sólo ellos. Hay así la necesidad de hacer más visibles las culturas nacionales y de asegurar el control exclusivo sobre el medio ambiente del Caribe; tal control puede obtenerse proporcionando a las culturas nacionales las herramientas indispensables para manejar el contexto en el cual y contra el cual se desarrollan. A ello seguirá la interpenetración de la política y la cultura, es decir, la culminación de los procesos de democratización en la forma descrita por Williams. En otras palabras, se logrará el control —conocimiento y ciencia— de la cultura nacional y su valor, como el marco dentro del cual el político llega a ser un hombre culto.

III

Los fragmentos de las potencias coloniales

Para comprender cabalmente las dificultades de lograr una "interpenetración de la política y la cultura" en el Caribe, es esencial distinguir, so riesgo de repetir lugares comunes, entre dos niveles superpuestos de historia en la región (y en todo territorio colonizado): el de la política o el Estado, por un lado, y el de la cultura o la nación, por otro.

El primer concepto que acapara nuestra atención es el de territorio nacional que, en las sociedades del Caribe, por lo general insulares, parece no generar problema. En el marco de una discusión sociológica, un territorio no es la arena en la cual se dan determinadas relaciones, sino que surge como creación de esas relaciones. El conjunto de relaciones humanas define el espacio y no al revés. Es por esto que el territorio de los indios caribes, no obstante estar constituido por las mismas islas que habitamos hoy, difiere tan profundamente del nuestro.

Entonces, cuando un ejército extranjero y sus instituciones acompañantes (personas morales) invaden un territorio, este territorio y sus partes constituyentes reciben una nueva definición. La redefinición varía con la naturaleza de las clases dominantes de las naciones colonizadas. Se crea un "territorio de ultramar" y éste puede existir sólo incorporado a la geografía del poder colonial. De hecho, se observa una expansión del territorio de la nación conquistadora que, conjuntamente con el de otros imperios coloniales, termina por abarcar todo el planeta.

En lo que dice relación con el hábitat de las naciones conquistadas, se le presenta como subconjunto distinto dentro de las geografías imperiales. Nuevos significados, pertenecientes a patrones extraños de pensamiento, se imponen a esos territorios y partes constituyentes. Se deduce en forma clara que en el pensamiento colectivo de las naciones conquistadas hay un traslape de dos sistemas de definiciones superpuestos en dos sistemas de relaciones sociales. (Para facilitar la discusión siguiente, se entenderá que el término "nación conquistada" se refiere a todas las que hoy existen en los límites trazados por los colonizadores.)

En los últimos cinco siglos, el ejército y otras instituciones del colonialismo se interpusieron entre la nación subyugada y su medio ambiente físico y social, impidiéndole así la expresión real de su diferenciación interna (y por lo tanto de su historia específica). La han hecho parte de una nueva totalidad y convertido en un fragmento, homogéneo en su retardo e ignorancia necesarios. La nación ha llegado a ser de este modo "un pueblo sin poder para expresar su pensamiento, sin poder para expresar y hacer cumplir su voluntad." Ha perdido su autoexpresión y puede ser destruida físicamente, a conveniencia de la nación conquistadora y, más precisamente, en beneficio de sus clases dominantes.

Por autoexpresión o discurso de una nación se entiende la expresión de su futuro, sostenido por las instituciones (entidades morales, normas, leyes y costumbres) que conforman su especificidad. Una nación asegura su regeneración gracias a las instituciones a través de las cuales da sentido y forma al medio ambiente. Su discurso es esta conformación de su continuidad, el diseño de su fisonomía futura como secuencia y consecuencia de un pasado común. El concepto de discurso o autoexpresión de una nación es más limitado que el de cultura; es un intento de definir una proyección de la cultura nacional hacia el futuro. Esto lleva a la observación de que una nación conquistada puede perder los medios de expresión deliberada de sí misma y, sin embargo, no perder necesariamente su cultura.

La expansión del territorio de la nación conquistada trae consigo la universalización de su estructura de clases. Se establece un puente entre dos grupos, tan diferentes entre sí como pueden ser dos sociedades nacionales, y la nación oprimida en su conjunto se transforma en la clase más oprimida del imperio colonial. "El grupo confuso de individuos" que ocupan la nueva geografía es una conquista concreta de los colonizadores, y no una mera ilusión óptica o aspecto metodológico del problema. Este "grupo confuso" resulta de un nuevo sistema de individuación y de sus escisiones. Un trayecto único se abre a la evolución de los pueblos colonizados; surgen las *Nuevas*

Inglaterras (en donde los pueblos colonizados son masacrados) o las *Nuevas Españas* (en que los sobrevivientes son sometidos a una u otra forma de opresión). En el primer caso, la forma de pensar nacional desaparece; en el segundo, los medios de expresión de este pensamiento son obstruidos para siempre.

La inexistencia, o casi inexistencia, de poblaciones indígenas en el Caribe no representa mayor diferencia entre la región y América Latina en lo que respecta a los conflictos entre colonizadores y colonizados. Los negros trasplantados al Caribe y otras partes de América se establecieron como naciones conquistadas. El problema es averiguar en qué se transforman estas naciones conquistadas, negras o amerindias, en el marco del proceso de desarrollo planificado por las potencias metropolitanas, y cómo se liberarán de su nueva condición como clases oprimidas.

Como es sabido, la partición del mundo por los imperios coloniales no tuvo lugar en forma amigable y las potencias de ese tiempo han corrido distinta suerte. Los fragmentos de sociedades metropolitanas responsables de la administración y explotación de las colonias sufrieron las consecuencias de esas rivalidades. La diferencia entre los intereses de estos agentes y los de la madre patria se hicieron cada vez más evidentes. Bajo la presión de las clases dominantes locales (criollas) estos fragmentos se emanciparon y formaron nuevos países, llamados "naciones" independientes.

Vale la pena destacar dos aspectos. Estas luchas de clases implican una cierta movilización de los pueblos coloniales, y se reflejan en luchas nacionalistas. Las alianzas de clases contra el poder colonial se expresan en la oposición entre los criollos y los agentes del poder colonial. Lo que es más, antes de que ocurrieran estas secesiones, el concepto de nación independiente no existía en el vocabulario de la América criolla. Los grandes Estados o imperios azteca, inca y maya, y los quilombos, palenques o sociedades selváticas no se percibían como naciones o Estados independientes.

La nación independiente del siglo XIX —o más exactamente, la nación emancipada— lleva el lastre de las aberraciones heredadas de los tiempos de la colonia. Simplemente, los territorios de ultramar no podían, desde el punto de vista de los colonizadores, establecerse como paí-

ses, lo mismo que los grupos que cortaron sus lazos con el imperio colonial; es inconcebible que los pueblos conquistados (independientemente del grado de destrucción de sus propias estructuras) sean considerados naciones en propiedad. Las naciones indígenas subyugadas no se involucran en el conflicto entre criollos y colonialistas².

Tanto en el proceso colonial como en la transición del Estado colonial al Estado nacional, es posible encontrar encrucijadas dobles: por un lado, de naciones y clases sociales y, por otro, de dos posiciones ideológicas contrapuestas —dos formas de autoexpresión— cada una procurando la transformación (o el cambio de forma) de la realidad.

La instalación del Estado emancipado sigue el patrón colonial: el objetivo del proceso de construcción de la nación es el de transformar a los nativos en una serie de unidades idénticas de expresión política. Para lograrlo, es necesario ahogar cualquiera visión del futuro que no coincida con la de las clases dominantes. Por ello, no hay diferencia entre el Estado nacional emancipado y la colonia en lo que dice relación con el funcionamiento de la ideología oficial. Explica por qué, cuando las potencias coloniales pierden su dominio directo en los territorios de ultramar, las instituciones que habían fundado pudieron sobrevivir a las revoluciones, tan remotas como siempre de las perspectivas de las poblaciones locales.

Sin embargo, la patria del criollo difiere de la colonia, en cuanto emprende la construcción de una nación que implica tanto conflicto como diálogo constante con la potencia colonial anterior. En realidad, es esta doble implicación la que caracteriza a este tipo especial de nación. La destrucción de los pueblos conquistados se persigue ahora con la perspectiva de integrarlos en una gran familia nacional. El Estado proclama "educar" al indígena para dotarlo de una nueva identidad: la autoexpresión oficial, la palabra *criolla*.

Los Estados nacientes de la destrucción de los imperios coloniales se diferencian de aquellos

²"La patria del criollo... no era de modo alguno la patria del indio... La tierra ganada, involucra al indio. Y cuando el criollo tiene la vivencia del legado recibido de sus mayores, de 'lo que hoy gozamos', el indio está allí como algo que existe junto a la tierra y existe para trabajarla." (Martínez Peláez, pp. 254 y 255).

que fundaron tales imperios en dos aspectos centrales: en la rigidez de sus límites y en la naturaleza de sus relaciones de clases. Pocas veces se destaca que son, de hecho, los únicos Estados confinados a un territorio fijo y único. Los países coloniales no sólo son propietarios de los llamados territorios de ultramar, sino que sus actividades políticas tienen importancia universal, como en los mejores tiempos de los siglos precedentes.

Lo que es más, un país metropolitano es una unidad nacional en que tuvo lugar un proceso gradual de diferenciación en clases. Un Estado emancipado es un conjunto de clases sociales que siempre está en proceso de transformarse en nación. Aun cuando el comportamiento de las clases dominantes pueda ser idéntico en ambos casos, hay todavía una diferencia básica entre ellos, en lo que respecta al resultado de su comportamiento: las clases dominantes de los países metropolitanos atienden las necesidades del Estado y deben así mantener la cohesión nacional en que se originó su propia existencia; en los Estados emancipados, las clases dominantes, a fin de resguardar el aparato político peculiar que controlan, deben asegurarse que el proceso de construcción nacional nunca llegue a una etapa de evolución que lo pueda completar. La *patria del criollo* es un proyecto que se regenera constantemente como proyecto futuro. Esta regeneración crea al criollo y sirve de base para la cohesión restringida de la que surgen las clases dominantes locales.

Como conclusión, el Estado emancipado está preso en un territorio heredado del colonialismo y en un futuro que es parte del de la metrópoli anterior. El territorio nacional continúa siendo de hecho un fragmento del territorio del país metropolitano y el futuro del Estado independiente forma parte del futuro diseñado por éste.

El contexto de las naciones indígenas contrasta con esta situación. La explotación colonial,

silenciando su autoexpresión, mantiene sus costumbres cotidianas dentro de los límites del medio ambiente visible y en un horizonte temporal de corto plazo. El problema se complica aún más por el hecho de que a medida que el tiempo pasa, y que los países metropolitanos ejercen un control más estricto sobre el medio ambiente, la categoría social formada por los criollos queda obsoleta. La división original de este grupo en clases sociales se hace más y más evidente y los sectores dominados se encuentran en una situación cada vez más cercana a la de los indígenas. En otras palabras, el número de ciudadanos realmente capaces de controlar o simplemente influir sobre el Estado emancipado se reduce día a día.

Al mismo tiempo, el proyecto de construcción nacional se deteriora con cada reformulación. La nación criolla y su Estado emancipado pierden su razón de ser, a medida que su control sobre el medio ambiente continúa disipándose. Se vuelve cada vez más difícil percibir los límites del territorio nacional y defender la capacidad del Estado para definir un plan para el futuro, siquiera en el mediano plazo. Cada vez más, las economías nacionales y los gobiernos emancipados son incapaces de salir de un límite temporal y de un espacio definidos en función de los propósitos de la metrópoli para el futuro.

Para remediar esta incómoda situación, las anteriores colonias, o mejor dicho los países subdesarrollados, han volcado sus esfuerzos en dos frentes: por un lado, se aprecia la creación de proyectos de integración regional y el movimiento de los no alineados, en busca de establecer un nuevo orden internacional; por el otro, se advierte el despertar de los nacionalismos o la creación de nuevas alianzas de clases que pretenden redefinir el Estado y la nación. Es en este último contexto que surge el problema de la relación entre cultura, discurso (autoexpresión) y desarrollo.

IV

Intereses nacionales e intereses de clase

La literatura sociológica alude con frecuencia a la relación entre intereses nacionales y de clase, o a

la transformación de los intereses de un sector específico de la sociedad en intereses de la socie-

dad en su conjunto. Para los países europeos no parece necesario el análisis sistemático de esta transferencia. Rara vez se presta atención a los nexos entre las unidades primarias de una formación social (la familia y la comunidad) y las macrounidades (las clases) que determinan su evolución. La discusión se limita al avance de las formas de trabajo, tipos de empresas y remuneración, y, en general, al mejoramiento de los estándares de vida de la población.

Si se acepta que los países subdesarrollados son conjuntos de clases sociales en proceso de llegar a ser naciones, parecería que el problema debiera analizarse al revés. El problema sería determinar las condiciones en las que los intereses nacionales llegan a ser intereses de clase. La respuesta parece obvia: es decir, cuando la clase mayoritaria oprimida llega al poder; pero no es tan simple. Sin pretender resolver este problema de gran envergadura, nos gustaría mostrar que hoy, dado que todas las clases sociales en el Caribe comparten características similares y, por ende, intereses nacionales parecidos, los intereses creados de las clases dominantes están en sofocar las características nacionales específicas que ellas mismas exhiben.

En el mismo orden de ideas, recordemos que las clases oprimidas, en nuestras sociedades tan abiertas, han encontrado la forma de proteger sus características nacionales, lo que de ninguna manera significa una lucha abierta en defensa de sus intereses económicos o la arrogación de algún poder en el futuro previsible. La dificultad de transformar intereses nacionales en intereses de clase, o al revés, es precisamente, a nuestro entender, el gran escollo en el proceso de democratización del Caribe, especialmente si insistimos en considerar la cuestión del poder en términos de un Estado confinado dentro de un determinado territorio.

En el Caribe, como en toda región colonizada, ciertos fenómenos se dan en el plano local, para desaparecer luego de la conciencia social (desde la perspectiva de las clases y la visión dominantes para abrir paso a realidades provenientes de esferas universales, que, para el pueblo oprimido, no son sino veleidades e ilusiones desligadas de la realidad. Mencionaré dos ejemplos, uno de los cuales será analizado en detalle más adelante.

El dialecto *creole* basado en el francés, como

lo señala Price-Mars, nació de la necesidad de comunicación entre los (primeros) amos (pequeños blancos) y sus esclavos. A principios de la colonización, fue el idioma de las así llamadas islas francesas. Todos lo hablaban y, en general, no hablaban nada más. Entonces el francés se institucionalizó en Francia, la corte empezó a usarlo; una sección de los colonialistas se apartó de la población local y, junto con otros miembros de la administración pública y los recién llegados *grands blancs*, adoptaron el francés (Prudent, 1980 y Bernabé).

Obviamente, la sustitución fue dictada por los intereses de clase. Es también evidente que la transferencia no fue instantánea. Lo más entretenido es que, como por milagro y como en los mejores sueños de las clases dominantes, las así llamadas islas francesas llegaron a hablar francés. Y han pasado siglos y sigue en pie la creencia falaz de que en las colonias francesas del Caribe se habla francés así como un subproducto (versión degenerada, como la llamaría Williams) de este idioma. Los mal informados creen que cronológicamente el francés llegó primero, y el *creole* después. Sobre esta falacia (de clase), se ha construido una serie completa de organismos-instituciones (escuelas, por ejemplo), que, lógicamente, no pueden perder jamás sus características de imposición abusiva.

En la formación de las sociedades caribeñas, así como en la enseñanza de los individuos del Caribe, el *creole* es anterior al francés (y a cualquier otro idioma oficial en su caso).

El segundo ejemplo, que sólo mencionaremos, se refiere a la familia. Hay pocos campos de observación tan desconcertantes como éste para los sociólogos locales. En nuestras sociedades articuladas artificialmente, la familia constituye una innovación social. La sociedad caribeña no está constituida por la suma o combinación de familias individuales. Por el contrario, la sociedad se formó, cronológicamente hablando, antes que la familia; y en cuanto a la familia nuclear, ésta surge sólo después del mejoramiento, siempre susceptible de retrocesos, de los estándares de vida.

En el caso de los blancos, ya fueran piratas, bucaneros o convictos, formaron sociedades de hombres que posteriormente recibieron cargamentos de mujeres, la mayoría prostitutas, que

compraban al contado, y con las cuales organizaban las así llamadas unidades familiares. En cuanto a los negros, no estaban en situación de crear tales unidades. No sólo se les apareaba contra su voluntad (islas enteras estaban reservadas exclusivamente para la procreación de los negros), sino que padre, madre e hijos circulaban como bienes separados en el mercado y eran vendidos según este principio. Establecer una unidad de procreación estable se transformó en una proeza y una conquista social, tanto para los pequeños blancos como para los esclavos negros. Y fue sobre esta invención social que se superpusieron todo tipo de códigos legales, inspirados por una versión u otra de las religiones judeocristianas.

De esta forma, por un lado, ni la historia de la lengua ni la historia de la familia tienen raíces comunes a las de Europa o Africa. Por el otro, el idioma y la familia son creaciones de las clases dominantes, así como los fundamentos de la nacionalidad caribeña. Lo dicho respecto del idioma y la familia es válido para la educación, la religión, el campesinado, los sistemas de tenencia de la tierra, los principios de sucesión, las relaciones con las autoridades comunitarias o las autori-

dades coloniales/nacionales... en una palabra, toda la cultura oprimida se convierte en una conquista social, un producto de las luchas de clases.

Me parece que los esfuerzos por la sobrevivencia económica calzan en un patrón (una racionalidad) aún no dominado por la reflexión científica. La búsqueda de soluciones a los conflictos de clase no puede limitarse a los meros intereses económicos, al puro mejoramiento de los estándares de vida, sin garantizar estas innovaciones y conquistas sociales. Afirmo, por lo tanto, que el concepto de conciencia de clases, en el estudio de la opresión en el Caribe, incluye la defensa de las instituciones creadas para el mejoramiento de las condiciones de vida. Estas instituciones tuvieron que ser inventadas para sobrevivir a la opresión colonial. En conjunto, constituyen la base de la cultura oprimida y no pueden ser separadas de la defensa de los intereses económicos colectivos de las clases dominadas. Los estándares de vida (el resultado) y la forma de vida (los medios institucionales para lograr este resultado) son parte de la misma unidad indivisible. Los resultados y los medios para lograrlos podrían ciertamente mejorarse y desarrollarse; pero estas dos dimensiones deben incluirse en el mismo proceso.

V

El lugar de la autoexpresión nacional

El problema es mostrar cómo en el proceso de construcción nacional o descolonización, algunas clases sociales se apartan del resto de la población y se las arreglan para satisfacer sus necesidades materiales a expensas de las instituciones endógenas. Trataremos de identificar las diferentes etapas de este proceso y demostrar, con el mismo concepto, que las clases dominantes locales se benefician cuando el esfuerzo de construcción nacional se regenera constantemente como proyecto no realizado: el proyecto (o la autoexpresión) del Estado emancipado.

La transformación de un territorio colonizado en un fragmento de la geografía del país metropolitano representa sólo un aspecto del cuadro. El objetivo final de la vida pública colonial es asegurar la mayor explotación posible del

pueblo colonizado. Esta explotación extrema tiende a reducir a un estricto mínimo los ámbitos necesarios para la reproducción de la vida del pueblo colonizado, afectando incluso el marco de sus vidas privadas. Al negarles el producto de su trabajo y, de ser posible, el mínimo vital para su reproducción biológica, el colonizador les cierra al mismo tiempo el acceso a las formas de vida pública y privada de la metrópoli. El conquistador proporciona así sin quererlo un espacio para la formalización de estructuras familiares y comunitarias y, como resultado, de nuevas estructuras culturales. Estas buscan, entre otras cosas, la distribución óptima de los pocos recursos disponibles que escapan al monopolio colonial. Destruyendo a los grupos dominados e imponiéndoles nuevas formas de individuación, esta for-

ma irrestricta de explotación alienta paradójicamente la creación de nuevas formas de vida social y de una cultura oprimida. En consecuencia, la aparición de soluciones endógenas es uno de los resultados contradictorios de la explotación colonial.

Estas formas endógenas de percibir, concebir y reorganizar el medio ambiente, basadas naturalmente en las tradiciones sobrevivientes de culturas anteriores a la conquista (las tramas disímiles mencionadas por E. Williams) son sistemáticamente menospreciadas o, en el mejor de los casos, consideradas triviales por la nación colonizadora. Sin embargo, debe admitirse que ésta no está totalmente equivocada porque, a primera vista, estas innovaciones no comprometen el sistema colonial. Por el contrario, a corto plazo, aseguran su reproducción, al permitir que el pueblo colonizado sobreviva recibiendo menos que sus requerimientos vitales mínimos, preserve su equilibrio mental pese a lo insensato de su situación (recuérdense a los esclavos nacidos en África) y disfrute de la solidaridad social a pesar de la opresión deshumanizante.

En una palabra, el colonialismo tiende a destruir las naciones conquistadas, mientras establece, al mismo tiempo, las condiciones necesarias para el nacimiento de una nueva entidad nacional. En el Caribe, esta tendencia se exagera. La destrucción de las naciones conquistadas ocurre en un medio ambiente distinto del habitat en que debían desarrollarse los sobrevivientes de las masacres. La diáspora africana no es una emigración tribal, sino la transferencia de individuos aislados a los que el sistema colonial intenta privar de toda posibilidad de manejar aun su propio destino individual. En otras oportunidades hemos analizado la creación de nuevas naciones a partir de esta ruptura y vuelta a juntar (Casimir, 1981).

El esfuerzo del pueblo explotado para reorganizarse en nuevas naciones, alrededor de culturas que son también nuevas, es objeto de tergiversaciones odiosas; como estas culturas carecen de instituciones específicamente responsables de producir conocimientos, son incapaces hasta de protegerse de la agresión de las culturas dominantes. El pueblo oprimido permanece impotente para manejar las instituciones del sistema colonial y las definiciones impuestas por ese sistema. Como resultado son incapaces de participar den-

tro del esquema colonial, en una lucha colectiva por la defensa de sus intereses de clase.

Debe destacarse que la explotación de clase en el colonialismo hace surgir las contradicciones anotadas, a largo plazo, en la cohesión social y la creación cultural.

Los parámetros de la lucha de clases que, en este contexto es siempre una lucha de liberación nacional, se definen de esta manera.

La interpenetración de los conflictos culturales y de clases es particularmente compleja a la luz del hecho de que, en el Caribe, excluyendo Haití y Suriname, la gran mayoría del pueblo comparte los dos sistemas culturales que existen. Ya dijimos que los países subdesarrollados constituyen una colección de clases sociales que procuran con dificultad construir una nación. Parece por ello necesario, en este nivel de la discusión, analizar cómo el abismo entre colonizadores y colonizados se transmite a estos últimos, dividiéndolos en "masa" y "élite", convirtiéndolos frecuentemente en "cuerpos antagónicos" y transfiriendo más allá del período colonial una estructura de clases capaz de interferir con los procesos de construcción nacional y descolonización.

En el sistema colonial, es particularmente efectivo hacer alarde de la alteridad cultural para asegurar la solidaridad de asociados étnicos, si no de pares, cuando se busca protección frente a las fechorías de los conquistadores. Pero en la vida pública, y especialmente en el lugar de trabajo, presumir de esa diferencia cultural es forma segura de buscarse dificultades.

La inevitabilidad de las prácticas de aculturación/asimilación tiene sus raíces en esta necesidad de abstenerse de mostrar signos de identidad étnica y cultural con el propósito de aprovechar mejores oportunidades de vida. En la medida que el pueblo colonizado, como comunidad, no es capaz de terminar con la opresión nacional y la explotación de clase, la emancipación individual o un esfuerzo de asimilación es la única opción posible para mejorar los estándares de vida. En este contexto surgen los administradores públicos y privados nativos: los primeros trabajadores asalariados del Caribe. Este es el núcleo básico de las clases medias. El pueblo oprimido, aspirando naturalmente a una vida mejor, ve en la vida de estos administradores (los más privilegiados de los cuales son los funcionarios públi-

cos) una alternativa a su condición de pobreza. Todas las costumbres, estándares, principios y valores que gobiernan estas transferencias de clase son expresiones de la cultura dominante local, versión colonial de la cultura metropolitana.

El dinamismo de la cultura dominante local está subordinado al avance de las estructuras económica, política e ideológica de la metrópoli. En consecuencia, el proceso de aculturación/asimilación nunca acaba. Las clases medias, liberadas de la esclavitud, servidumbre o trabajo manual mal remunerado, viven obsesionadas por el fantasma de la doble identidad nacional. Deben mantener constantemente una prudente distancia entre ellas y las clases desposeídas; esto les permite ganarse los favores de los colonizadores (promoción social) y garantizar a su descendencia los medios culturales e ideológicos necesarios para defender un mínimo bienestar material.

Y así, un conjunto de normas y principios referidos en un comienzo a la vida pública, tiende a penetrar los ámbitos de las vidas privadas de determinados sectores de la población local. La aspiración, sin duda legítima, de un estándar de vida mediano y la preservación de este estándar, exigen un cambio del estilo de vida cuando se logra el éxito. Esto es posible porque, con una menor explotación, estos sectores logran acceder a condiciones materiales que les permiten organizar su vida a la manera europea.

Este repudio del patrimonio local no debe confundirse con la falta de conocimiento o información respecto de estas culturas nacionales. Precisamente, al reconocer y justificar la prevalencia de la cultura colonial, las clases medias oponen un obstáculo insuperable para su asimilación en la cultura occidental. Reconocer la preeminencia de la cultura oficial dominante implica que la cultura oprimida es visible. Por ello, no se trata de que la clase media no perciba la cultura nacional de la que está impregnada —lo quiera o no— sino de que se niega a percibirla. Esta negación representa una expresión inequívoca de la inutilidad de la cultura local en las circunstancias concretas en que se desenvuelve la clase media.

A pesar de este hecho, como la clase media debe renovar sus credenciales cada vez que la metrópoli avanza hacia nuevos horizontes de desarrollo, sus esfuerzos constantes para adaptarse producen a la postre algunos cambios cualitativos en las relaciones entre la cultura nacional

oprimida y la cultura dominante. La necesidad de rechazar las culturas nacionales debe interpretarse como una expresión de sus intereses de clase, en tanto que la producción indefinida de estas mismas culturas nacionales constituye la base material de su existencia como clase peculiar. El proyecto de aculturación, o más precisamente, la occidentalización de las masas, representa la razón misma de ser de las clases medias. El producto final de sus actividades es asegurar que el medio colonizado nunca deje de ser un fragmento del país metropolitano, aun después de la independencia o emancipación.

Los cambios en las relaciones entre las culturas dominante y oprimida producidos por el desarrollo pleno de las clases medias, pueden ilustrarse con una descripción del destino de los idiomas hablados en el Caribe. Es un hecho sabido que en la mayoría de los países de la región los pueblos son al menos bilingües. O más bien, viven una situación diglósica. La característica básica de su estructura lingüística es que los dos idiomas no se utilizan indiscriminadamente en ninguna circunstancia. Algunas actividades se realizan en el idioma criollo (generalmente se refieren a la vida privada o comunitaria y al trabajo manual), en tanto que en otras se usa el idioma oficial (las relacionadas con la vida pública, especialmente la política, materias legales, administración, educación, religión europea).

Como la vida pública y la privada están organizadas en esquemas culturales diferentes, y la primera tiende a sofocar a la segunda, la diglosia pone de manifiesto los usos distintivos de ambas culturas. En principio, la cultura oficial y el "idioma imperial" sirven principalmente para perpetuar el mundo del colonialismo, donde la cultura oprimida y el idioma nacional siguen siendo el medio ambiente por excelencia de la creación endógena.

El mejoramiento de los estándares de vida en el medio colonial es posible sólo con el predominio de la cultura e idioma oficiales. Así, el "idioma imperial" tiende a ser hablado en algunas familias de clase media, y las formas de organización y los valores de la vida privada de la metrópoli echan raíces concomitantemente en el medio colonial nativo. De esta forma, en un momento determinado de la historia colonial, los idiomas oficiales se convierten en lengua materna de una determinada minoría. De esto resulta el surgi-

miento de generaciones apenas expuestas a la cultura nacional y capaces de prescindir de la solidaridad comunal que define esa cultura. Esta es la clase de pequeños burgueses dispuestos a ocupar el lugar de los colonialistas después de obtenida la independencia.

Los efectos perniciosos de esta escasa visibilidad de la cultura nacional no deben, sin embargo, exagerarse. Ocurre una serie de complejos fenómenos: primero, debido a que este pequeño burgués no constituye realmente una clase dominante capaz de llevar a cabo en forma autónoma sus planes de desarrollo; segundo, porque para ejercer su función de intermediario, debe mantener contacto con los trabajadores manuales colonizados (o recientemente liberados del colonialismo); y por último, porque en sus idas a los países metropolitanos, sus miembros toman conciencia rápidamente de su status de ciudadanos de segunda categoría, lo que los obliga a recurrir expresamente a formas de solidaridad nacional.

En la región, la existencia de lenguas criollas utilizadas como *lingua franca* antes y después de la independencia, fortalece grandemente las culturas oprimidas y hace imposible un rompimiento total entre las clases medias y las explotadas. Diversos mecanismos deben contribuir a este fenómeno. A falta de investigaciones más exhaustivas, nos limitaremos al análisis del uso de los idiomas oficiales y nacionales.

Puede decirse categóricamente que los niños y la juventud del Caribe se divierten sólo en lengua criolla, y de esto deriva una ambigüedad fundamental de la institución por excelencia de la dominación cultural.

"El análisis del papel 'terrorista' del idioma francés en la escuela", escribe F.L. Prudent (1980, pp. 124 y 125) "sería incompleto si se olvidara la otra cara de la moneda: la escuela es también el lugar donde buena parte de la pequeña burguesía urbana descubre y aprende al idioma criollo".

Debe observarse entonces que aun en el caso de la minoría para la cual el idioma oficial llega a ser su lengua madre, el niño obtiene un conocimiento intensivo del vernáculo cuando su círculo

de relaciones interpersonales se amplía y cuando se mueve en forma autónoma dentro de la comunidad. En efecto, sería interesante examinar el uso del vernáculo por las clases medias y las clases dominantes locales en los países del Caribe, como rito de entrada e iniciación a la vida adulta. El uso del vernáculo, lengua de la nación, destaca en sus relaciones con el idioma dominante, como medio de desobediencia, de iniciativa individual, de libertad discutida con pares y controlada por ellos.

El problema es que no se conoce muy bien lo que transmite de la cultura nacional el idioma vernáculo cuando es usado por clases que se han separado de las masas. En cualquier caso, por un lado, puede deducirse que en el Caribe hay presiones sociales que se oponen al distanciamiento entre los sustentadores de las culturas oficiales o dominantes y de las culturas oprimidas. No hay distancias físicas o sociales que separen a las personas y grupos inmersos en esas culturas, salvo en los casos de Haití y Suriname. La situación pluricultural del Caribe ciertamente no es la misma que en los países andinos o mesoamericanos, donde hay un verdadero abismo entre los amerindios y el resto de la población. Es más parecida a la distancia entre campesinos blancos o mestizos de América Latina y las clases urbanas de esas regiones.

Por otro lado, es innegable que las culturas dominantes y dominadas son claramente diferentes entre sí a pesar de que puedan estar estrechamente relacionadas. Mantienen relaciones asimétricas; la cultura colonial dominante promueve toda clase de medidas que buscan destruir y erradicar la cultura local, base de la cohesión nacional. Esta guerra cultural no es más que un aspecto de la opresión colonial. La cultura dominante colonial llega a ser cultura oficial del Estado independiente o emancipado y la guerra cultural toma un giro ambiguo, lo que permite desarrollar una base para la evolución de los sectores de clase media y la pequeña burguesía. La autoexpresión del Estado independiente se adapta a la de la nación, pero cuidándose de no formular un plan que pudiera destruir su estructura de clases.

VI

Barreras al desarrollo de la autoexpresión nacional

Los esfuerzos por destruir las fuentes endógenas de la reflexión y la creación son un aspecto de la dominación de clase en la región. Durante el proceso de liberación nacional o descolonización, la cultura local se hace gradualmente más visible. Esta tendencia es irreversible porque corresponde a la necesidad de las nuevas élites de poder de legitimar sus posiciones. Igual que la colonización, la descolonización es un proceso que se verifica en medio de la defensa de los intereses de determinadas clases sociales. Las clases dominantes y medias del Caribe hacen lo posible por defender sus intereses materiales en su avance por el camino de la descolonización y el desarrollo regional. Price-Mars publicó *Ainsi parla l'oncle* durante la segunda década de este siglo; los defensores del movimiento negrista harían oídos sordos a sus ideas sobre el uso del idioma criollo; y algunos de ellos se erguirían incluso como heraldos de un movimiento francoparlante universal. Más recientemente, una vez que las nuevas élites hubieran ganado el poder en el así llamado Caribe de habla inglesa, los partidarios del movimiento del Poder Negro se opondrían a la dominación blanca abogando por el regreso a África: un África tan distante de las masas como la cultura de la metrópoli y tan cerca de las clases medias como la cultura occidental.

Es por ello necesario comprender cabalmente el significado profundo de la coartada que inventaron las élites para no asumir la cultura nacional y así no propender demasiado hacia una democratización total de las relaciones sociales, de su control y de su dirección. Al mismo tiempo, la ambigüedad y dificultades implícitas en cualquier proyecto de desarrollo cultural que busca la descolonización mental son evidentes. Tales proyectos ayudan a legitimar a las élites del poder pero contradicen sus intereses de clase.

Sin embargo, el aspecto de más difícil explicación es que las clases dominadas no parecen dispuestas a tomar las riendas del poder y exponer el esplendor de su cultura nacional a la vista de todos. Esta es una de las características más íntimas de la negociación social en el Caribe. Contrastando con la ansiedad de algunos secto-

res de la clase media, especialmente los más permeables al lavado de cerebro de los medios de comunicación masivos, la actitud tranquila y serena de las clases dominadas parece indicar que no sienten que su cultura nacional esté a punto de perder la guerra que le ha declarado la cultura oficial. Para las clases oprimidas es, por lo tanto, cosa de escoger entre, por un lado, una conciliación con las estructuras dominantes, logrando así un determinado estándar de vida de corto plazo, y, por otro lado, reformas estructurales profundas, llenas de gloriosas promesas para el futuro, pero inciertas.

Lo que diferencia a los pueblos explotados del Caribe de los de la mayor parte del continente sudamericano, por ejemplo, es que todos están en contacto con los países metropolitanos originales y especialmente con sus mercados de trabajo. Tienen acceso a esas oportunidades, que no deben ser subestimadas a la luz de los niveles de desempleo en la región, lo que les asegura un dominio funcional del conjunto de contenidos de la cultura oficial y la posibilidad de emigrar a la metrópoli.

Esto se traduce en el desbordamiento del Caribe, cuyo territorio cubre no sólo el espacio reducido en que se establecieron nuestros pueblos, sino también los ghettos y suburbios de casi todas las ciudades grandes del Atlántico Norte. En otras palabras, frente al fracaso de las clases dominantes locales para frenar el creciente descenso de los estándares de vida de la población, ésta emigra y reproduce sus formas culturales en el centro mismo de las capitales de los grandes imperios. Hasta ahora, no hay soluciones endógenas que abarquen las instituciones y culturas locales para satisfacer las costumbres de las masas, garantizándoles un mañana mejor. Por lo tanto, con el esparcimiento de la nación caribeña, se hace cada vez más difícil concebir un proyecto para el futuro respetando los límites tradicionales heredados del colonialismo.

Para Eric Williams, el político es un hombre de cultura. En todo caso, es un hecho que los habitantes de la región no promueven un esfuerzo institucionalizado para llevar a cabo la investi-

gación científica a fin de levantar el inventario de su patrimonio cultural y aplicarlo en forma sistemática al desarrollo. La región no dispone de ninguna escuela de antropología, y menos aún, de un centro de investigación cultural. ¿Cómo podría culparse al movimiento de Poder Negro del Caribe por buscar una inspiración en el África distante, cuando no se está trabajando sobre la cultura local, como materia escogida deliberadamente para la reflexión y la práctica científica, y permanece así, en lo sustantivo, más distante y más inasequible aún que la cultura africana?

Price-Mars sugiere el uso del *creole* por ser el único puente entre las élites y las masas. Pero es apenas sorprendente que los partidarios del movimiento negrista, a pesar de su posición doctrinaria, utilicen sólo el francés para expresarse. Se podría suponer ciertamente que las lenguas nacionales del Caribe, como cualquier otro idioma, contienen potencialmente todos los estilos del discurso; pero es un hecho que estos estilos no se han desarrollado ni codificado, ni mucho menos han sido enseñados sistemáticamente. El desarrollo de un discurso literario, científico, político, técnico y, particularmente, la creación de un público capaz de participar en tal discurso, es una tarea colectiva que debiera ser institucionalizada sin demora.

Hemos tratado de mostrar en este trabajo que la forma más antigua de explotación de clase, establecida con la llegada de los europeos, consiste en privar a las naciones oprimidas del "poder de expresar su pensamiento". Hemos recordado que los Estados subdesarrollados de América se inscriben en la misma tradición y que los intereses de clase de sus sectores dominantes están seguros sólo si la cultura nacional no tiene influencia en la creación de opciones para el futu-

ro, por medio de las cuales la tradición anticolonial se llevaría a efecto.

Propondríamos, parafraseando a la Biblia, que en el principio (de la creación) existió el Verbo. El ejercicio del derecho de la nación a expresar su pensamiento colectivo debe ser restablecido. La cultura es una experiencia que se vive, y sus agentes deben ser capaces de utilizarla deliberadamente para responder a los problemas de la vida pública y privada.

Afirmamos que la cultura nacional se creó en condiciones extraordinariamente difíciles, de modo que los estándares de vida de las clases oprimidas pueden ser mejorados. Sugerimos, por lo tanto, que al revés de la estrategia de las clases dominantes del Caribe, el pueblo explotado sigue aceptando grandes sacrificios, tratando de proteger —si no mejorar— sus niveles de vida, pero asegurando la reproducción de su estilo de vida. Sostenemos también que la mejor demostración de esta línea de comportamiento se encuentra en las inmigraciones consiguientes a las grandes ciudades de los países industrializados.

Concluiríamos que el Caribe puede desarrollarse sólo si asegura el florecimiento de su forma de vida, y de su propia cultura. Nos parece que este proceso comienza por la institucionalización del esfuerzo colectivo, para la investigación y la enseñanza sistemáticas en todos los niveles de la cultura local, así como por el desarrollo de idiomas nacionales. Los problemas económicos que enfrentamos no pueden solucionarse manipulando variables económicas. El desarrollo de la economía debe ir aparejado con el de la antropología, porque en el Caribe la lucha diaria del pueblo oprimido muestra que en la formación de su conciencia de clase, las dimensiones económica y cultural son igualmente atinentes.

Bibliografía

- Bernabé, Jean (s.f.): Allocution. *Bulletin de la cstrm*, No. 1. Martinique.
- Casimir, Jean (1981): *La cultura oprimida*. México: Nueva Imagen.
- Martínez Peláez, Severo (1979): *La patria del criollo*. San José de Costa Rica: EDUCA, 5ª ed.
- Price-Mars, Jean (1954): *Ainsi parla l'oncle: essais d'ethnographie*. Nueva York: Parapsychology Foundation, Inc. (primera edición, 1928).
- _____ (1948): *Jean-Pierre Boyer Bazalais et le drame de Mira-*

goane (A propos d'un lot d'autographes), 1883-1884. Puerto Príncipe: Imprimerie de l'Etat.

Prudent, F.L. (1980): *Des baragouins à la langue antillaise: analyse historique et sociolinguistique du discours sur le créole*. Paris: Ed. Carinéennes.

Williams, Eric (1959): The political leader as a man of culture. *Présence africaine*, febrero-mayo, pp. 90 a 103 (Congreso de escritores y artistas negros, Roma, 26 de mayo a 1º de abril de 1959). (El autor desea dejar constancia de su agradecimiento al Sr. P. Raymond por haberle informado de la existencia de este artículo.)